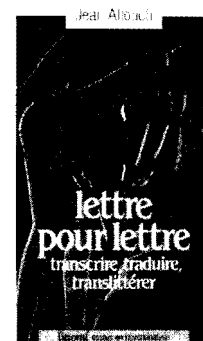


LETRA POR LETRA

Transcribit, traducir, transliterar

JEAN ALLOUCH

Editorial. Edelp. Versión española de la obra titulada
Lettre pour Lettre, traduire, transcrire, translittérer,
Littoral, Editions Erès, 1984, Toulouse.



El texto que nos presenta Jean Allouch, psicoanalista francés y discípulo de Jacques Lacan, fue escrito en 1984, iniciando una serie de trabajos que han producido un fuerte impacto en el medio psicoanalítico, no solamente lacaniano, por la claridad de sus posiciones, por su lectura crítica, por la retoma sistemática de la clínica psicoanalítica a la luz de su propia experiencia, por su lectura atenta de la obra freudiana y a la articulación fundamentada de la obra de Lacan.

En la presentación de este texto quisiera tan solo reseñar algunos aspectos sobresalientes que constituyen para mí el interés de su lectura.

El autor empieza por un señalamiento que considero de la mayor importancia y que consiste en plantear la clínica psicoanalítica como clínica de lo escrito, con esto no nos aporta ninguna novedad, si bien es cierto que fue este camino el que llevó a Freud a consolidar su descubrimiento del inconsciente y a fundamentar su lectura clínica del mismo, tal y como se le manifestó en el sueño, tiempo inaugural de su hallazgo. El sueño es un hecho de escritura que hay que saber leer.

El punto en el que el aporte de Allouch me parece novedoso consiste en la secuencia que introduce con el tríptico traducción, transcripción y transliteración. Su texto no es un tratado que desarrolle en sus detalles el tríptico mismo, sino más bien la puesta a prueba en una lectura que es, primero, del nacimiento del psicoanálisis y sus hallazgos iniciales, y que confirma la pertinencia de una perspectiva que sitúa con mayor claridad aquello en lo que consiste la lectura psicoanalítica y sus efectos. Y, en segundo lugar, es el testimonio del tipo de lectura que Allouch lee en la lectura de Lacan, para poner a

prueba su aporte, y mostrarlo, operando, en cada uno de los estudios de clínica psicoanalítica que nos presenta.

Si decimos, muy pertinentemente que las formaciones del inconsciente son su cifrado, el leerlas corresponde a su desciframiento y las operaciones antes mencionadas participan en esta lectura tan particular que corresponde a la de la clínica psicoanalítica.

De estas operaciones podemos definir, someramente, el tipo de lectura en curso. La traducción es una operación eminentemente imaginaria, pues se regula sobre el sentido; se presenta, entonces, como una práctica no teorizable, pues el sentido tomado como objeto, da en efecto, demasiado asidero para la comprensión. Por eso la traducción busca su anclaje fuera del sentido, necesita otra referencia que no sea sólo el sentido para luchar contra la escapatoria del sentido que “fluye como un tonel”, según la expresión de Lacan. Es la articulación con la transliteración aquello que permite un amarre a la traducción en la literalidad. La transcripción, por su parte, es la operación real que se regula sobre el sonido. Transcribir es escribir regulando lo escrito sobre el sonido, es decir con algo fuera del lenguaje. Finalmente la transliteración es la operación simbólica en la que se regula lo escrito sobre lo escrito, la letra. Toma su partida en la transcripción, aunque sea de la primera como la segunda puede tomar a posteriori su razón. Intentando una síntesis diremos que, si se traduce, damos otro sentido, si se transcribe, otra escritura y si se translitera otra pronunciación.

No cabe, para estas operaciones una teorización extensa; ellas no se presentan aisladas, por el contrario, cada una toma la delantera

sobre las otras, de lo cual resulta que el tipo de lectura estará definido por los diferentes modos de anudamiento de las tres. Allouch, tratará, y me parece con éxito, a lo largo de este trabajo de lectura, de mostrar cómo Lacan se sirve de estas operaciones en ciertas lecturas. Insistiendo sobre el valor eminente que tiene a sus ojos la transliteración.

Toda formación del inconsciente es un jeroglífico en el sentido en que, primero se resiste a su toma inmediata, luego, en que no es transparente y no se deja leer sino con un trabajo de desciframiento. Este trabajo exige la asociación libre; se impone pues la pregunta sobre aquello que los liga. La articulación entre el trabajo de desciframiento y la asociación libre pasa por la relación entre la letra y el significante, es en este sentido en el que Lacan especifica la letra como estructura esencialmente localizada del significante. Lo que “no cesa de no escribirse”, modalidad lógica que Lacan atribuye a lo real, incluye al síntoma, elemento de la estructura sobre el que el psicoanálisis opera. Por lo tanto lo necesario del síntoma, lo que no cesa, que venga a cesar de no escribirse, como posibilidad.

Por esto resulta coherente sostener que el psicoanálisis vino a redefinir las modalidades de la lógica clásica a partir de “lo que no cesa de no escribirse”. La transliteración adquiere así todo su alcance: se presenta como el nombre de lo escrito, en tanto no toma existencia sino de este redoblamiento de lo escrito por lo escrito. Por esa vía lleva a reinterrogar, entre otras cosas, el Nombre-del-Padre que puede ser de ahí en más, precisado, particularizado y, al mismo tiempo ilustrado el proceso de la forclusión.

Si nos atenemos a la secuencia de los capítulos del texto, vale la pena hacer notar que, en los dos primeros, Allouch nos invita a hacer un recorrido clínico desde las raíces mismas de la confrontación de Freud con la cocaína, con la histeria, la psiquiatría y Charcot. La distinción que Freud opera en estas articulaciones y que es puesta en letras por medio de la formalización aportada por Lacan a la discursividad, necesitaría un amplio espacio para su desarrollo. Sin embargo, es posible destacar el aspecto más interesante, en el que Allouch muestra la efectividad de tomar en cuenta la lectura de Lacan y la formalización lacaniana de los cuatro discursos en su aplicación a la clínica misma del psicoanálisis en sus albores. Llega a conclusiones

pertinentes y muy válidas y subraya que si bien hay contingencia en este tipo de lectura, tal cosa, en lugar de servir de argumento a favor de una debilidad en la lectura misma, corresponde al hecho mismo de la lectura psicoanalítica. De este modo arriesga, entre otras, una conclusión: “En la relación de Freud con la histeria, la cocaína está en el mismo lugar que será aquél que tendrá el tratamiento psicoanalítico”. Es evidente cuando leemos los trabajos de Freud sobre la cocaína que esta escritura le permitió dejarla caer. Produciendo por ende un “progreso” en su discurso, que nos dará el analítico, si aceptamos que el punto de partida fue el universitario. Esto se confirma justamente con la interpretación inaugural del psicoanálisis, en el sueño de “la inyección hecha a Irma”.

En los capítulos siguientes, luego de desarrollar un poco más su propuesta del tríptico, Allouch la pondrá a prueba inicialmente en la fobia, leyendo el caso Juanito, para confrontarla enseguida con la lectura que Lacan hace del caso Gide. El mismo trabajo ahora con las psicosis, le exige desplegar la doctrina de la letra, a lo cual dedica un par de capítulos más. Luego siempre en un estilo muy sencillo y lleno de notas de humor y de ejemplos muy esclarecedores, abordará el estudio de “la letra en sufrimiento”, que es el tiempo de la transferencia, y mediante una formalización del rebús de transferencia podrá situar más precisamente aquello en lo que consiste este elemento fundamental del trabajo analítico. Finalmente, recurriendo a su habitual estilo crítico, discute la teoría lacaniana de la discursividad para concluir que los cuatro discursos no son las últimas letras de Lacan.

Una pregunta surge para mí, al final de la lectura de este texto; si el inconsciente está estructurado como un lenguaje, sin poder hasta el momento precisarse de cual se trata, me parece que se puede interrogar la pertinencia del tríptico con respecto al lugar que ocupa en el esfuerzo de Lacan para formalizar esta estructura. Viene entonces este tríptico, como un momento intermedio antes de la introducción por Lacan del nudo borromeo; o se presenta tal vez como la lectura formalizada del mismo, sin recurrir a su expresión topológica en cuanto a su representación, pero conservando todas sus articulaciones.

JOSÉ DIEGO SALAZAR.
Psicoanalista.